

## LA SERENIDAD A LA LUZ DE LA DIGNIDAD CREATORIAL DE LA PERSONA

M<sup>a</sup> JESÚS SOTO BRUNA

This paper stresses Saint Josemaría's teaching on serenity, within the background of his doctrine on the filial condition of man created at God's image. Serenity is acquired by means of a special endeavour of intelligence and will in order to fully embrace and reconcile human conduct to the Creator's proposal of truth to all mankind.

La serenidad, como virtud humana, fue ensalzada en la época clásica dentro de la corriente estoica del pensamiento; y tenía como objeto orientar al hombre sobre el modo de gobernar la propia vida en este mundo<sup>1</sup>. Con el cristianismo, la serenidad se presenta como la actitud vital del ser humano que —en medio de los avatares de este tiempo— se sabe en presencia de un Dios que es Creador y Padre.

Dentro de ese contexto cristiano, la enseñanza de Josemaría Escrivá sobre la serenidad se enmarca especialmente en la consideración de la condición filial de la persona; y se afirma como rasgo del carácter del ser humano que se conoce a sí mismo como hijo de Dios<sup>2</sup>. Se destaca asimismo como una virtud vivida, impregnando su propio modo de ser y de actuar. De ahí que se haya escrito con respecto a su figura lo siguiente: “En todas las circunstan-

<sup>1</sup> Puede consultarse al respecto la siguiente edición: L. Séneca, *Invitación a la serenidad*, ed. de C. Fernández Daza, prólogo de J. A. Marina, Temas de hoy, S. A., Madrid, 1966, XI.

<sup>2</sup> Tal como lo afirma en *Surco*, 417.

cias, sus enseñanzas tenían un tono positivo, alentador, reconfortante. Hablaba poco de los vicios, porque prefería ensalzar las virtudes, hacerlas amables y atractivas. Movía a la confianza, a la alegría, a luchar con espíritu deportivo. Su visión de las cosas estaba llena de esperanza y optimismo, con fundamento en la fe<sup>3</sup>. Radicada, ciertamente, en la fe, la doctrina de Escrivá de Balaguer descansa en la seguridad de que la vida humana, en cualquier situación, posee un sentido divino que puede y ha de ser descubierto por el hombre que reconoce su dependencia del Creador<sup>4</sup>; reconocimiento que lleva a comprender que ningún quehacer humano es ajeno para Aquel que lo ha creado todo y llama a todo hacía sí como a su fin.

Alimentado por esta confianza, el mensaje de Josemaría Escrivá se presenta en nuestros días como un mensaje de claridad y de orientación para el hombre que vive en el mundo, afrontando su tarea temporal con la serenidad del que se sabe en la presencia de Dios: “Aleja enseguida de ti —¡si Dios está contigo!— el temor y la perturbación de espíritu”<sup>5</sup>; con estas palabras resumía la actitud que debe caracterizar al cristiano, cuya vida se gesta a través de los diversos requerimientos que le propone el propio tiempo.

A continuación se tratará de mostrar cómo la virtud de la serenidad se enmarca, en la obra de Escrivá, dentro del contorno de la doctrina de la filiación divina; la cual orienta, desde la reflexión sobre la fe, el modo de actuar del hombre en el mundo. Para, finalmente, fundamentar la virtud en el contexto de la imitación del Verbo encarnado, cuya vida es propuesta a la persona como mode-

<sup>3</sup> F. Ponz Piedrafita, “La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer”, en: A. del Portillo, F. Ponz Piedrafita, G. Herranz, *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Eunsa, nt, Pamplona, 1976, 85.

<sup>4</sup> *Conversaciones*, 114: “Hay un *algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de nosotros descubrir”.

<sup>5</sup> *Surco*, 854.

lo ejemplar<sup>6</sup>, en orden a alcanzar el fin al que está llamada desde el origen.

## 1. Serenidad y condición filial de la persona

Ese talante alegre y optimista que define la figura y la enseñanza de san Josemaría<sup>7</sup>, que además acompaña siempre su predicación sobre la virtud de la serenidad, tiene en efecto su raíz en una profunda reflexión sobre la condición filial de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios. Se puede afirmar, por tanto, que la honda conciencia de la filiación divina, esto es, de que el ser humano “es hombre y es hijo de Dios”<sup>8</sup>, ilumina su vivencia personal y su doctrina sobre las virtudes humanas. Entre éstas, la serenidad puede entenderse como actitud vital ante los avatares temporales que lleva a tener fija la mirada en Aquel que, siendo Padre, está de continuo junto al hombre: “Si —por tener fija la mirada en Dios— sabes mantenerte sereno ante las preocupaciones (...) te ahorrarás —aseguraba— muchas energías que te hacen falta para trabajar con eficacia, en servicio de los hombres”<sup>9</sup>. La serenidad aparece

<sup>6</sup> Se trata de una doctrina central en la obra de Josemaría Escrivá de Balaguer; pudiéndose leer con claridad en: *Es Cristo que pasa*, 15, 20, 31, entre otros muy numerosos lugares.

<sup>7</sup> “Era optimista, alentaba siempre a ser mejores y más alegres, y ello sin rehuir las dificultades y los problemas, sin ignorar la mediocridad y el pecado, sin escamotear el hecho tangible del dolor humano. Enseñaba a vencer las dificultades con renovado impulso (...) a sufrir con alegría”, P. Lombardía, J. Orlandis, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Un hombre de Dios*, Cuadernos de espiritualidad, Eunsa, Pamplona, 1976, 9. Sobre la personalidad de Josemaría Escrivá de Balaguer pueden consultarse, entre otros: VV. AA., *Josemaría Escrivá: un personaje por descubrir: Centenario 1902-2002*, Palabra, Madrid, 2002; VV. AA., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Eunsa, nt, Pamplona, 1994.

<sup>8</sup> *Amigos de Dios*, 93.

<sup>9</sup> *Surco*, 856.

entonces enraizada en el *ser* mismo de la persona que se reconoce a sí misma como creada por un Dios personal.

Esta consideración adquiere un relieve especial, novedoso, en la obra del santo; pues, llevando a caminos de contemplación, anima a la vez a un empeñado esfuerzo por conducir los propios actos de acuerdo con esa condición original del ser humano como hijo de Dios. Y, en consecuencia, obliga a poner una esmerada atención en este mundo, en esta tierra, que es tanto lugar o espacio del hacer, como camino para lograr el fin al que desde el origen está llamada la persona.

A la luz de la revelación, ha enseñado entonces que este mundo, en el que la persona humana se inserta, interpreta y actúa, no es una suerte de paraje inhóspito, abandonado por un Dios lejano, en el que el hombre hubiera de construirse un lugar de defensa o un ámbito de dominio; en el que, arrojado bruscamente en él, hubiera de hallar un espacio digno a su condición, para entonces lograr la ardua tarea de la conquista de sí mismo. Al contrario, cuando en el siglo XX gran parte del pensamiento contemporáneo —especialmente desde el hito marcado por Martin Heidegger— se centraba en la pregunta por el sentido del ser, la doctrina de Josemaría Escrivá de Balaguer ha orientado su enseñanza desde la idea de un reencuentro del sentido olvidado; esto es desde la inspiración —a la luz de un carisma fundacional, y desde una intención más espiritual que estrictamente teológica o filosófica<sup>10</sup>— de que es necesario que el ser humano, con su inteligencia y con su voluntad libre, devuelva a la tierra su significación más profunda, aquella que posee por su condición creatural: “Necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido”<sup>11</sup>. Y en esta fragua del vivir cotidiano se gesta, junto con las demás virtudes, la serenidad de la

<sup>10</sup> A. Aranda, “Introducción”, en: C. Fabro, S. Garofalo, M. A. Raschini, *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, 1993, 11-15.

<sup>11</sup> *Conversaciones*, 114.

persona que reconoce su fin, porque sabe que la luz habita también entre las sombras de la materia.

El original sentido de las cosas es entonces devuelto cuando se recupera la idea del creacionismo, esto es, que “el mundo ha salido de las manos de Dios” y que “Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza”<sup>12</sup>. El hombre redescubre entonces en sí mismo la huella de la predilección divina en su condición de imagen y en la libertad de su obrar: “La fe cristiana, (...) nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos, y podemos —con la gracia del Cielo— construir nuestro destino eterno”<sup>13</sup>. Pues es precisamente al hombre, dotado de razón y libertad, a quien le pertenece la esencial tarea de expresar ese “esplendor de la verdad” que “brilla en todas las obras del Creador”<sup>14</sup>; y entonces “hacer de la creación un hogar humano: un ámbito de encuentro con Dios”<sup>15</sup>. En esta religación de la persona humana a su fin es precisamente donde ha de situarse la comprensión de la acción humana en el mundo; y es además el enclave en el que han de situarse sus reflexiones sobre las virtudes humanas como medio para alcanzar la perfección a la que está llamada la persona humana antes incluso del *exitus* que supone la *creatio ad extra*<sup>16</sup>.

De esa convicción, en efecto, arranca aquella “visión de las cosas” “llena de esperanza y optimismo”, que le llevó a asegurar que “un alma deja de saborear la paz y la serenidad cuando se aleja de su fin”<sup>17</sup>. En este contexto, la serenidad predicada por el santo

<sup>12</sup> *Es Cristo que pasa*, 10; *Gen* 1, 26.

<sup>13</sup> *Es Cristo que pasa*, 99.

<sup>14</sup> Juan Pablo II, Enc. *Veritatis splendor*, Saludo.

<sup>15</sup> A. Aranda, “Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei”, *Scripta Theologica*, 1990 (22,1), 104.

<sup>16</sup> “Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti”, *Eph* 1, 4; citado y comentado en *Amigos de Dios*, 2.

<sup>17</sup> *Amigos de Dios*, 10.

no es en modo alguno parangonable al desasimiento, de cariz estoico, mediante el cual el hombre debería mirar con frialdad de los avatares de la vida terrena, en orden a lograr una suerte de ánimo equilibrado en el que nada llegase a perturbar el camino hacia la meta de la ataraxia. Es más bien la serenidad del que, plenamente interesado en el mundo, se sabe llamado a un fin más alto, porque conoce su origen y reconoce su dignidad creatural, y a la vez llamada por Dios a interesarse por el mundo<sup>18</sup>. Puede comprenderse así que, en algunos momentos la serenidad vaya unida a la audacia, como señal de que la primera es una actitud que se adquiere en la fragua de la lucha por restaurar el sentido divino de las cosas<sup>19</sup>.

Es, sobre todo, el convencimiento de la presencia de Dios en el mundo y, de un modo especial, la convicción de que el Creador del mundo es un Ser Personal que ha elevado al hombre a la calidad de hijo suyo, la que ilumina su enseñanza sobre el quehacer humano en la tierra: “Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. (...) Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos”<sup>20</sup>.

Esta consideración acerca de la dignidad creatural de la persona humana ha inspirado la predicación de Escrivá de Balaguer desde 1928, fundamentalmente desde los dos puntos focales que orientan

---

<sup>18</sup> Sobre la condición de la persona humana como imagen en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer, se encuentra en vías de publicación la Comunicación que presenté en el Congreso sobre *La grandeza de la vida corriente*, celebrado en Roma, Università della Santa Croce, del 7 al 11 de enero de 2002, y que lleva por título: “Elegidos antes de la creación del mundo. Verbo e imagen en la doctrina del beato J. Escrivá de Balaguer sobre la persona humana”.

<sup>19</sup> *Surco*, 112: “¡Serenidad!, ¡audacia! Desbarata con esas virtudes la quinta columna de los tibios, de los asustados, de los traidores”.

<sup>20</sup> *Camino*, 267.

su doctrina: la filiación divina<sup>21</sup> y la llamada universal a la santidad en la vida corriente y ordinaria<sup>22</sup>; y el punto de partida es el reconocimiento de la propia dependencia de un Dios personal, que es Padre de todos los hombres: “El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima”<sup>23</sup>. Verdad esta que indica que tanto el origen como el destino final del ser humano se hallan transidos de eternidad, cobrando entonces un relieve inusitado el horizonte del tiempo: pues procede de Dios y a Dios se ordena. Como se ha escrito: “Si buscamos una comprensión honda, radical y realista de nuestra vida, antes que nada hemos de levantar nuestra vista hacia el Cielo, porque sólo en Dios, en su designio global sobre la historia nuestra, podemos encontrar el *porqué* y el *para qué* de la existencia. No sólo porque somos criaturas, sino porque, además, ‘hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con

<sup>21</sup> “La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei”, *Es Cristo que pasa*, 64. Sobre el sentido de la filiación divina en Josemaría Escrivá de Balaguer se han publicado varias obras, entre las que cabe destacar las siguientes: F. Ocáriz, I. de Celaya, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el beato Josemaría*, Eunsa, Pamplona, 1993, esp. el estudio de F. Ocáriz, “La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer”; F. Fernández Carvajal, P. Beteta, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el beato Josemaría*, Rialp, Madrid 1995 (2ª ed.). Es preciso señalar asimismo el siguiente artículo, de gran profundidad teológica: J. Burggraf, “El sentido de la filiación divina”, en: M. Belda, J. Escudero, J. L. Illanes, P. O’Callaghan (eds.), *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá. (Actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá. Roma, 12-14 de octubre de 1993)*, Pamplona, 1996, 109-128.

<sup>22</sup> “Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición personal, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo”, *Es Cristo que pasa*, 100.

<sup>23</sup> *Amigos de Dios*, 26.

Dios mismo”<sup>24</sup>. Y ha recordado asimismo el Concilio Vaticano II en el n. 19 de la Constitución *Gaudium et spes*: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios”. Como seguidamente va a verse, la serenidad se adquiere cuando, en el empeño por construir un mundo más justo, más noble, el hombre entabla ese diálogo con el Absoluto, con su Creador y Padre, quien nunca se encuentra ausente cuando la mirada a Él se dirige.

## 2. Serenidad como actitud vital en el mundo

Desde esas verdades, la acción humana en el mundo es vista entonces a la vez como un esfuerzo por devolver a la tierra su sentido y como el medio por el que el hombre inicia en este mundo ese diálogo con su Creador al que, en última instancia, está llamado como hijo. “A lo largo de los años —escribía— he procurado apoyarme sin desmayos en esta gozosa realidad”, la cual “empuja a las almas a adquirir una fuerte, honda y serena piedad, que impulsa a trabajar constantemente con rectitud de intención”<sup>25</sup>. Contemplación de la verdad y acción en el mundo, en orden al fin: ambos aspectos se hallan siempre unidos en las orientaciones del santo sobre la vida humana; de ahí la importancia de una búsqueda cuidadosa del bien al que han de tender las acciones temporales. Y desde ahí, siguiendo el consejo de Sagrada Escritura: *discite benefacere*<sup>26</sup>, quiso él mismo aprender y enseñar a hacer el bien: “Hemos de comenzar por nosotros mismos, empeñándonos en descubrir cuál es el bien que hay que ambicionar para cada uno de

---

<sup>24</sup> F. Ocariz, “La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Monseñor Escrivá de Balaguer”, *Scripta Theologica*, 1981 (13, 2-3), 517-518.

<sup>25</sup> *Amigos de Dios*, 143.

<sup>26</sup> *Isaías*, I, 17, citado en *Amigos de Dios*, 145. S. Garofalo, “El valor perenne del Evangelio”, *Scripta Theologica*, 1992 (24,1), 13-39.

nosotros, para cada uno de nuestros amigos, para cada uno de los hombres”. Y ello siempre desde la consideración de la dignidad creatural de la persona, dignidad que proviene de su condición filial; por ello resaltaba que el bien debe buscarse y realizarse “con el punto de mira inefable y sencillo de que Él es nuestro Padre y nosotros somos hijos suyos”<sup>27</sup>. De ahí que el hombre que vive de fe deba considerar toda su acción a la luz de esa verdad<sup>28</sup>.

En este punto, la serenidad del que actúa de acuerdo con su propia verdad, entronca con la virtud sobrenatural de la esperanza<sup>29</sup>, que es también virtud con implicaciones muy humanas. Enseña, en efecto, que todo el empeño en la tarea mundanal pierde el sello de la caducidad, al convertirse en un ámbito de diálogo con el Creador: “Todo lo que iniciamos aquí, si es empresa exclusivamente nuestra, nace con el sello de la caducidad (...). Esta precariedad no sofoca la esperanza. Al contrario, cuando reconocemos las pequeñeces y la contingencia de las iniciativas terrenas, este trabajo se abre a la auténtica esperanza, que eleva todo el humano quehacer y lo convierte en lugar de encuentro con Dios”<sup>30</sup>. Esta orientación del quehacer temporal desde la consideración de que toda empresa humana se dirige a un mundo que es de Dios porque de Él procede, aleja la perturbación y es fuente de serenidad; nace en cambio la inquietud cuando “se transforman los proyectos tem-

<sup>27</sup> *Amigos de Dios*, 144. A. Del Portillo, “Filiazione & paternità. Quattro testi significativi”, *Studi Cattolici*, vol. XXXVIII, núm. 339 (1994), 277-280.

<sup>28</sup> *Surco*, 906.

<sup>29</sup> Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, c. 62, a. 4: “La voluntad se ordena a aquel fin, en cuanto al movimiento de intención, que tiende a él como a algo que es posible conseguir, lo cual pertenece a la esperanza”.

<sup>30</sup> *Amigos de Dios*, 208. A este respecto, se ha escrito sobre su propia persona: “Tenía una fuerte esperanza en la misericordia divina, que ejercitaba siguiendo el consejo que daba San Pablo para toda virtud: *ad omnia utilis*. Su espíritu alegre y jovial comunicaba a la lucha ascética un carácter especial: era una ascética sonriente, que daba prueba de gran serenidad cuando llegaba el momento heroico de la abnegación”, L. Castán Lacoma, F. Peralta Ballabriga, *Josemaría Escrivá de Balaguer: un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, 8, Palabra, Madrid, 1992, 56.

porales en metas absolutas” que cancelan “del horizonte la morada eterna y el fin para el que hemos sido creados”<sup>31</sup>.

No es entonces la de Escrivá de Balaguer una doctrina que, admirando la verdad y la belleza del mundo<sup>32</sup>, se desentienda de las dificultades a las que está sometida la vida humana en el tiempo, obviando las fatigas del andar terreno y proclame una suerte de alejamiento del mundo y anime al olvido de la ineludible tarea del *viator*. No. “El camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero esto habitualmente dura poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad”<sup>33</sup>. Desde esta perspectiva, su doctrina, en lo que se refiere a la orientación práctica del quehacer humano, se centra plenamente en la realidad humana; esto es, no sitúa al hombre como a medio camino entre la tierra y el cielo; al contrario, ha enseñado que la unidad de vida exige al ser humano el estar firmemente asentado en la tierra y en el cielo<sup>34</sup>. En la tierra, trabajando de acuerdo con la verdad del mundo y del propio ser personal; en el cielo, porque sabe a Dios fiador del propio quehacer: “Trabajaremos —aseguraba entonces— con renovado empeño, y enseñaremos a la gente a reaccionar con serenidad, libres de odios, de celos, de ignorancias, de incomprendiones, de pesimismo, porque Dios todo lo puede”<sup>35</sup>.

<sup>31</sup> *Amigos de Dios*, 208; *Camino*, 702.

<sup>32</sup> Aunque en el centro de su doctrina se encuentra la contemplación de la bondad de un mundo que fue creado desde el Bien: “El mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (*Gen* 1, 7 y ss)”, *Conversaciones*, 114.

<sup>33</sup> *Amigos de Dios*, 78. C. Fabro, “Amici di Dio (Omelia): Le virtù umane e la grazia”, *Cultura & Libri*, 1992 (11, 76), 19-27.

<sup>34</sup> K. M. Becker, J. Ratzinger, J. B. Torelló Barenys, A. Eber, J. Eberle, K. Stephan, T. Klaus, I. Rothweiler, *Die Welt, eine Leidenschaft: Charme und Charisma des seligen Josemaría Escrivá*, EOS-Verlag, St. Ottilien, 1993.

<sup>35</sup> *Amigos de Dios*, 210.

“Serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus hermanos o de la gran tarea, que a todos corresponde, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero. Serenos, porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida”<sup>36</sup>. Serenidad que es fruto para el que se comporta con fortaleza en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, no doblándose cuando la contradicción arrecia: “El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas”; porque sabe que el fruto de la virtud, en esta tierra, puede tardar en llegar. Por eso el fuerte es paciente, porque, en última instancia, sabe en Quién espera: “Sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer, nace de repetir aquel grito: *todo lo puedo en Aquel que me conforta*, que recoge la promesa segura de Dios de no abandonar a sus hijos, si sus hijos no le abandonan”<sup>37</sup>. A través de esta actitud de serenidad, como consecuencia de la fortaleza, se recuerda de nuevo que Dios no es solamente el hacedor del hombre, sino Padre, por lo cual hace a la persona partícipe —de modo misterioso— de la naturaleza divina. Entonces, “el sentido divino de todo lo que sucede o puede suceder en nuestra vida es éste: forma parte de la llamada a la casa del Padre. La filiación divina tiene una dimensión escatológica precisa: nos hace comprender con luz nueva que lo definitivo vendrá después de la muerte; que lo de ahora, siendo ya una realidad, todavía no ha alcanzado su plenitud, la plenitud de la gloria de los hijos de Dios. Todo en esta vida, también el sufrimiento, nos está diciendo que ‘Cristo nos espera’. Vivimos ya como ciudadanos del cielo, siendo plenamente ciudadanos de la tierra”<sup>38</sup>.

Puede considerarse que esta llamada de atención, en nuestros días, sobre la dimensión de eternidad que posee la vida humana,

<sup>36</sup> *Amigos de Dios*, 79.

<sup>37</sup> *Amigos de Dios*, 213; *Phil.*, IV, 13.

<sup>38</sup> F. Ocáriz, “La filiación divina, realidad central en la vida en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer”, en: F. Ocáriz, I. de Celaya (eds.), *Vivir como hijos de Dios*, 77.

tanto en lo que se refiere a su origen, como a su destino final, constituye un foco de orientación y de claridad para comprender el sentido, la intención última del ser y del actuar de la persona humana. Tarea ésta que tanto ha ocupado al pensamiento contemporáneo tras la crisis de la modernidad; y que únicamente puede hallar los cánones para una adecuada articulación racional si introduce en su argumentación esa dimensión de trascendencia que otorga al mundo y al hombre la medida del Logos divino, en el cual y conforme al cual han sido hechas todas las cosas. En este sentido, y en confrontación con la propuesta filosófica de M. Heidegger —a quien aludíamos al comienzo de este artículo—, ha escrito C. Fabro sobre el mensaje de Escrivá de Balaguer: “Más realista y, sobre todo, más genial y profundo que las vacías elucubraciones de Heidegger sobre la ‘mundanidad del mundo’ (*Weltlichkeit der Welt*), porque no reduce la relación hombre-mundo a una relación temporal de la tensión *Weltlichkeit* e *Historizität* (‘mundanidad’ e ‘historicidad’), sino que la funda en la relación con Dios —el Absoluto— y con Jesucristo —Dios en el tiempo—, como relación existencial real. Allí donde todo acontecer se diluye (*verschwindet*, de Hegel) en el tiempo, en la concepción cristiana, en cambio, todo hecho contingente tiene que ver con la eternidad, el juicio de Dios”<sup>39</sup>.

Es preciso en este punto señalar que la *Gelassenheit* heideggeriana, aunque enmarcada en el ámbito mundanal de la relación *Dasein-ser*, contiene asimismo un aspecto de apertura a la verdad de las cosas; en lo cual reside el fundamento de la trascendencia del hombre hacia el ser. La *Gelassenheit* es entonces en la filosofía de Heidegger la actitud que viene a caracterizar la relación entre el pensamiento y el ser, en la medida en que el pensar ejerce un libre escuchar a las cosas, lo cual pone al pensamiento en camino de atender “lo que aún no se ha pensado”: el ser del ente; que, en última instancia, no puede ser expresado en el lenguaje de la razón<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> C. Fabro, “El temple de un Padre de la Iglesia”, 122.

<sup>40</sup> M. Heidegger, *Gelassenheit*, Ed. Günther Neske Pfullingen, Tübingen, 1959; E. Landolt, *Gelassenheit di Martin Heidegger*, Marzorati Ed., Milano, 1967,

En el marco de la obra de Escrivá de Balaguer, la virtud de la serenidad se presenta, como una actitud en la vida del hombre que vive y reflexiona sobre el mundo a la luz de la fe, y entonces como fruto de la inteligencia que reconoce el mundo como obra de una intención creadora y personal<sup>41</sup>; y que es por tanto el espacio adecuado para su acción libre. En este sentido, se trabaja enteramente en la tierra, insertos de lleno en el orden de lo temporal; pero con la serenidad del que sabe del valor eterno de su quehacer, que no se diluye en la historicidad del tiempo. Como él mismo escribió: “Cristo nos espera. *Vivimos ya como ciudadanos del cielo*, siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de las dificultades, de injusticias, de incomprendimientos, pero también en medio de la alegría y de la serenidad, que da el saberse hijo amado de Dios”<sup>42</sup>.

En este sentido, el panorama de las virtudes presentado en la doctrina de Josemaría Escrivá se introduce en el ámbito contemporáneo, en orden a esclarecer el modo de vida cristiano en el mundo. Como ha escrito recientemente Pedro Rodríguez: Josemaría Escrivá propone una “exigente ‘reforma’ de hábitos y costumbres (...), un conjunto de fuertes y concretas ‘sacudidas’ al hombre de carne y hueso con el que dialoga, para que sea coherente, también en lo humano, con su fe”<sup>43</sup>. Por ese motivo, porque se dirige al “hombre de carne y hueso”, y porque sabe que el hombre —como citábamos más arriba— “es hombre y es hijo de Dios”, la serenidad que ha predicado no se limita a ser una suerte de actitud interior que tiene su reflejo en el exterior de la persona y de sus obras; antes bien, como toda virtud, queda anclada en el ser mismo de la persona y se transparenta en el espacio en el que irradia su

---

19 y 94. Puede verse también la traducción castellana de Y. Zimmermann: *Serenidad*, de Martin Heidegger, Serbal, Barcelona, 1989.

<sup>41</sup> *Es Cristo que pasa*, 10: “Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza (*Gen* 1, 26) y le ha dado una chispa de luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desenrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas”.

<sup>42</sup> *Es Cristo que pasa*, 126.

<sup>43</sup> P. Rodríguez, *Camino. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2002, 217.

actuación: “Que tu porte exterior sea reflejo de la paz y el orden de tu espíritu”<sup>44</sup>. Ahora bien, esa paz y ese orden del espíritu no se adquieren, en la comprensión del mensaje de Josemaría Escrivá, a fuerza de una lucha puramente humana, de una ascética ordenada exclusivamente al comportamiento social; sino que son la consecuencia de una vida radicalmente cristiana, y esto quiere decir radicada en Cristo.

### 3. La serenidad en el contexto de la imitación del Verbo

Es preciso señalar en este punto que la enseñanza acerca de la serenidad —como la que se refiere a las demás virtudes— se sitúa en la doctrina de Escrivá de Balaguer en la trama de la imitación de Cristo. Pues, en efecto, la encarnación del Verbo en la persona de Jesucristo es la fuente de la que se ha nutrido toda su doctrina. De ahí que, dentro del contexto de la invitación a la actitud serena, haya escrito: “Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo”<sup>45</sup>. Aunque conviene recordar en este punto que la doctrina de la imitación de Cristo “va, en la enseñanza de Josemaría Escrivá, mucho más allá de la simple imitación entendida en un sentido exclusiva o predominantemente moral, para radicarse al nivel de la ontología de la gracia”<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> *Camino*, 3. En su *Edición crítico-histórica*, 217, P. Rodríguez ha señalado que la serenidad exterior es fruto de la presencia de Cristo en el hombre de fe, poniendo en consonancia la doctrina del Santo con otros maestros de la espiritualidad cristiana; citando, en concreto, a Clemente de Alejandría: “La quietud, el sosiego, la serenidad y la paz son connaturales al cristiano”, *El Pedagogo*, II, 61, 1; *Fuentes Patrísticas*, 5, Madrid, 1994, 389.

<sup>45</sup> *Camino*, 2.

<sup>46</sup> J. L. Illanes, “El cristiano, ‘alter Christus-ipse Christus’”, en: G. Aranda, C. Basevi, J. Chapa (dir.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José M<sup>o</sup> Casciaro*, Pamplona, 1994, 612.

De lo expuesto hasta ahora, puede desprenderse bien que lo más específico del mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer, esto es, el descubrimiento del sentido divino del quehacer corriente y ordinario de la vida humana, se ha alimentado precisamente en la continua contemplación del misterio del Hijo de Dios, “que se hizo carne y es ‘perfectus Deus, perfectus homo’, perfecto Dios y perfecto hombre. En este misterio hay algo que debería remover a los cristianos”<sup>47</sup>. “Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo”<sup>48</sup>. La luz del Verbo encarnado es aquí el foco que ilumina la comprensión de la persona humana, de su finalidad y vocación originaria, y de su ser en el mundo. Y es también en el ámbito de la luz del Verbo en el que se comprende el sentido de las virtudes humanas, que no quedan nunca aisladas de las virtudes sobrenaturales. De ahí se comprende que llegara a escribir que el fundamento último de la personalidad del hombre cristiano es, justamente, la identificación con Cristo<sup>49</sup>.

A partir de la consideración anterior, en los últimos años ha sido señalado incisivamente que su pensamiento responde a una teología cuyo esquema de espiritualidad es esencialmente cristocéntrico: “El pensamiento de Josemaría Escrivá —se ha dicho—, si

<sup>47</sup> *Es Cristo que pasa*, 13.

<sup>48</sup> *Es Cristo que pasa*, 20. Ciertamente, son ya muy numerosos los testimonios y los estudios que han puesto de relieve el lugar central que ocupa la contemplación del misterio de Cristo en el mensaje espiritual del beato Josemaría Escrivá de Balaguer y no constituye, propiamente, objeto de desarrollo para nuestra actual investigación. Para una profundización en ese asunto pueden ser consultados los siguientes estudios: F. Fernández-Carvajal, P. Beteta, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, 1995; A. Aranda, “El cristiano, ‘Alter Christus, ipse Christus’ en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Scripta Theologica*, 26 (1994/2), 513-570.

<sup>49</sup> *Es Cristo que pasa*, 31: “Haz —invocaba a Dios— que el fundamento de mi personalidad sea la identificación con Cristo”.

se atiende a lo que manifiestan sus escritos de carácter espiritual y pastoral, debe ser descrito como esencialmente cristocéntrico. El misterio del Dios-Hombre constituye la trama sustentadora principal (...) de su discurso<sup>50</sup>; señalando a su vez que tal hermenéutica cristológica constituye la clave para entender la hermenéutica antropológica de su pensamiento. Clave antropológica que, como se ha indicado anteriormente, se inicia, se despliega y se consume en una concepción de la persona humana como salida de Dios “a imagen” suya; y donde la orientación de su vida en el tiempo viene dada según el modelo del Verbo encarnado<sup>51</sup>, para que la vida de la persona humana, en medio de los quehaceres temporales, sea reflejo de la suya. Pero un reflejo que requiere la libérrima cooperación de la humana libertad, sin la cual las virtudes de las que hablamos serían únicamente una serie de modos de vida mecánicamente aprendidos; esto es, que no radicarían en el ser de la persona. De ahí que sea preciso un trato asiduo, personal, con Cristo; y ello en un ámbito de oración, como expresión del reconocimiento de la propia dependencia. En este diálogo, que conforma el crecimiento de la persona, se adquieren la serenidad y la alegría: “Que nuestro trato personal con Él —escribió— se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia”<sup>52</sup>.

De ese modo, el ser imagen que constituye a la persona humana es comprendido a través de una esencial dinamicidad; pues es una imagen, como expresó ya san Agustín, siempre necesitada de refor-

<sup>50</sup> A. Aranda, “El cristiano, ‘Alter Christus, ipse Christus’ en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, 514. Sobre el término y el concepto *cristocentrismo*, la excelente investigación, del mismo autor: “El cristocentrismo de la espiritualidad cristiana”, en: G. Aranda, C. Basevi, J. Chapa (dir.), *Biblia, exégesis y cultura*, 623-649. Y, en el mismo lugar: J. L. Illanes, “El cristiano, ‘alter Christus-ipse Christus’. Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, 604.

<sup>51</sup> C. Fabro, “El temple de un Padre de la Iglesia” 60 y 62: “Todo se hace aspiración a Dios en el cristiano que vive su filiación divina en comunión con la Trinidad Beatísima del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, con la mirada siempre puesta en el Modelo Jesucristo”.

<sup>52</sup> *Es Cristo que pasa*, 156.

ma en su peregrinar terreno<sup>53</sup>, hasta que cumpla su identificación espiritual con el Modelo; lo que san Josemaría ha caracterizado con la expresión “ipse Christus”: “Para ser *ipse Christus* hay que mirarse en Él. No basta tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz”<sup>54</sup>. Este aprendizaje y esta imitación requieren, no ya sólo la comprensión racional de la verdad sobre el hombre, sino, sobre todo, el recto uso de una libertad comprometida con la verdad<sup>55</sup>. La libertad de la imagen no es entonces una suerte de espontaneidad creadora que le permitiera autoafirmarse en la alteridad; antes bien, índice de su dignidad, se halla ligada a la *ratio* de las cosas, al Logos que regula el universo creado: “Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar”<sup>56</sup>. Y, justamente a través de la realización de las diversas posibilidades según el orden de la verdad, la persona humana accede a la unión personal, no solamente intelectual, con el Verbo propuesto como modelo<sup>57</sup>: “Entonces, si procuramos imitarle, se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabi-

<sup>53</sup> R. Javelet, “La réintroduction de la liberté dans les notions d’image et de ressemblance, conçues comme dynamisme”, en: A. Zimmermann (ed.), *Der Begriff der Repraesentatio im Mittelalter*, “Miscelanea Medievalia” 8, Berlín-Nueva York, 1971, 1-34.

<sup>54</sup> *Es Cristo que pasa*, 107.

<sup>55</sup> A. Millán-Puelles, *Amor a la libertad*, en: VV AA. *Homenaje a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*. Eunsa. Pamplona 1986, 26-53.

<sup>56</sup> *Es Cristo que pasa*, 99.

<sup>57</sup> J. Stöhr, “La vida del cristiano según el espíritu de la filiación divina”, *Scripta Theologica*, 1992 (24, 3), 879-893, esp. 885: “No puede quedarse en una simple imitación externa de su ejemplo, sino que debe consistir nada menos que en identificarse plenamente con el propio ‘ser en Cristo’”.

lísimo de nuestro Salvador, sin desfigurarlo, sin caricaturas, y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo”<sup>58</sup>.

En la contemplación de la vida de Cristo, la persona comprende que la contradicción es oportunidad para la fortaleza<sup>59</sup>, la cual, en este contexto, no es equivalente a la insensibilidad estoica<sup>60</sup>; sino que se halla aparejada al reconocimiento de que se camina en la verdad, en la medida en que se imita la vida de Cristo en la tierra: se asientan entonces “en el alma la alegría y la paz, con la claridad de Dios en el entendimiento”<sup>61</sup>. La serenidad se dibuja entonces en la persona como consecuencia de la fortaleza en la lucha por la perseverancia —por amor— de lo que se entiende es el bien de la persona, teniendo como fruto la paz y la alegría: “Cuando hay amor, hay entrega, capacidad de entrega, de sacrificio, de renuncia. Y, en medio de la entrega, del sacrificio y de la renuncia, con el suplicio de la contradicción, la felicidad y la alegría. Una alegría que nada ni nadie podrá quitarnos”<sup>62</sup>.

La serenidad se presenta entonces como una virtud aprendida a través de la contemplación de la propia vida de Jesucristo. Entendiéndose que, desde la luz que irradia su vida y a la luz de la filiación divina, la paz y la serenidad proceden, en última instancia del abandono en el Padre. En este contexto, en algunas ocasiones comparó el mundo al mar. A veces en calma, pero tantas veces revuelto; donde la barca de la vida aparece zozobrando en medio de olas que amenazan con hundirla. Dios parece dormir, olvidado de los hombres; pero la conciencia de la filiación divina mantiene

<sup>58</sup> *Amigos de Dios*, 299.

<sup>59</sup> Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, c. 61, a. 2: “La pasión retrae de realizar lo que la razón dicta, como es el temor de los peligros y de los trabajos, y así es necesario que el hombre se afiance en lo que dicta la razón para que no retroceda, de donde le viene el nombre a la fortaleza”.

<sup>60</sup> *Surco*, 876: “Cara a la muerte, ¡sereno! (...) No con el estoicismo frío del pagano; sino con el fervor del hijo de Dios, que sabe que la vida se muda, no se quita”.

<sup>61</sup> *Amigos de Dios*, 305.

<sup>62</sup> *Es Cristo que pasa*, 75.

encendida la llama de la esperanza, llenando de serenidad a la persona que vive de esta fe: “El mar que nos rodea, es cierto, parece a ratos un cristal azogado cuya lisa superficie no riza ningún viento; otras veces se alzan montes de agua que nos anegan, que nos hunden —así amenazan— en los abismos más profundos (...). ¿Habremos de inquietarnos por eso? No, si permanecemos junto a Cristo”<sup>63</sup>.

En el ámbito de la imitación de Cristo, la serenidad aparece y es vivida como roca fuerte en la contradicción; de ahí la seguridad con la que se presentan sus palabras: “Aunque todo se hunda y se acabe, aunque los acontecimientos sucedan al revés de lo previsto, con tremenda adversidad, nada se gana turbándose. Además, recuerda la oración confiada del profeta: ‘el Señor es nuestro Juez, el Señor es nuestro Legislador, el Señor es nuestro rey; Él es quien nos ha de salvar’”<sup>64</sup>. Esta actitud es consecuencia de la filiación<sup>65</sup>: nace, de la serenidad, la alegría, no tanto como un estado de ánimo, sino como un “estado del ser”<sup>66</sup>, porque no se halla fundada en lo que acontece, sino en la verdad de la orientación radical de la persona a su Creador, a un Dios Personal que, por medio de la encar-

<sup>63</sup> Apuntes de una meditación predicada el 19-VII-1937, citado por P. Rodríguez, en su *Edición crítico-histórica de Camino*, 798-799.

<sup>64</sup> Surco, 855. También: *Es Cristo que pasa*, 77: “Donde está el Señor, se goza de paz y de alegría, aunque el alma esté en carne viva y rodeada de tinieblas”. La serenidad se relaciona entonces asimismo con el abandono, como consecuencia de la conciencia profunda de la filiación divina: *Camino*, 705, 760, 768, 864.

<sup>65</sup> J. Stöhr, “La vida del cristiano según el espíritu de la filiación divina”. 887: “Otra consecuencia (de la filiación divina) es que, además, podemos permanecer serenos y llenos de paz interior ante las mayores dificultades: ‘Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?’ (Rom 8, 31)”.

<sup>66</sup> L. Polo, “El sentido cristiano del dolor”, en: *La persona humana y su crecimiento*, Introducción de R. Yepes, Eunsa, Pamplona, 1996, 262: “La alegría cristiana no es un estado de ánimo, sino un *estado del ser* (...). Por muy alejado que del hombre esté el gozo sentido, si es que siente dolor y aflicción, lo nuclear de la alegría cristiana permanece, puesto que siempre, salvo que peque mortalmente, su ser está orientado hacia Dios”.

nación de su Hijo, ha irrumpido en la vida humana<sup>67</sup>; y ello de tal modo que la criatura humana “al elevar todo ese quehacer a Dios (...) diviniza el mundo”<sup>68</sup>, brillando, en toda su verdad y su belleza, los valores de la creación.

María Jesús Soto Bruna  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Navarra  
E- 31080 Pamplona  
mjsoto@unav.es



---

<sup>67</sup> *Amigos de Dios*, 301: A través del dolor “esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo”. *Es Cristo que pasa*, 9: A imitación del camino del Hijo de Dios en la tierra, “Nuestro camino es de inmolación y, en esta renuncia, encontraremos el *gaudium cum pace*, la alegría y la paz”.

<sup>68</sup> *Amigos de Dios*, 308.